



SOBRE EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA ⁽¹⁾

SEÑORES:

Mi buena voluntad me inspira á menudo infundada confianza en las propias fuerzas, por donde yo, de puro bondadoso (y perdonad que en algo me alabe), suelo no cumplir, ó cumplo tarde y mal, compromisos libremente contraídos.

Digo esto para atenuar, ya que no disculpe, la falta en que he incurrido tardando en contestar al discurso que acabáis de oír, tardanza que detuvo hasta hoy el Sr. Commelerán á las puertas de esta Academia, la cual espera mucho de sus conocimientos filológicos para el mejor éxito de las tareas á que se consagra.

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Francisco Commelerán en la Real Academia Española, el día 25 de Mayo de 1890.

Al aceptar yo el encargo de contestar al nuevo académico, me movió cierta consideración que hace mi trabajo más difícil, porque necesito exponerla y carezco de la rara habilidad que para ello, en mi sentir, se requiere.

De ordinario, en el seno de esta corporación reina la más perfecta armonía, á pesar de lo dividido que está nuestro país en parcialidades, y á pesar de que apenas las hay sin representante entre nosotros; pero cuantas opiniones políticas fuera de aquí nos separan, desaparecen ó pierden su dañino vigor dentro de este recinto.

Sólo en la elección del Sr. Commelerán hubo, según dicen, de aparecer entre nosotros la discordia; pero fué tan de paso y con tal disimulo, que los más no hubiéramos advertido nada, sin las hablillas, comentarios y exageraciones, que nacieron y cundieron fuera de aquí.

Saludable aviso fué éste que nos estimuló á buscar, é hizo que encontrásemos modo de que nunca se renovase el pretexto que para que nos supusiesen divididos tal vez habíamos dado. Y como yo fuí uno de los que más se opusieron á la elección del Sr. Commelerán, me complací en que nuestro digno Director me designase para saludar en nombre de la Academia al que ésta había elegido, imaginando yo que así ponía el sello en el público testimonio de nuestra fraternal avenencia.

Conste, pues, que nadie entre nosotros se opuso á la elección del nuevo académico, sino por el empeño de que entrase antes de él otro candidato, también ya electo, y contra el cual jamás hubo tampoco oposición, sino momentánea.

La Academia, mirando por su crédito, suele elegir, para ocupar las sillas vacantes, á aquellos hombres que de mayor nombradía gozan entre el pueblo por su valer como escritores; pero, suponiendo que la Academia se decidiese en favor de alguien que no fuese popular y conocido, la Academia estaría en su derecho, y nadie tendría menos autoridad que yo para censurarla. Mi pobre reputación de escritor, después de mi elección ha sido adquirida. Lo declaro sin falsa modestia: en mi elección hubo favor, y muy señalado. No me incumbe decidir si en algún otro caso excepcional también le hubo; pero sí repito que la Academia llama generalmente á su seno á los que vienen á aumentar su lustre con los propios merecimientos, ya reconocidos y patentes.

En prueba de esta verdad, basta que recuerde yo aquí con dolor al par que con orgullo, los nombres de algunos de los que fueron compañeros míos, y que han muerto desde que yo tengo la honra de sentarme entre vosotros. Hombres de Estado, de los que más han influído en el desenvolvimiento político y en la radical transformación de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

la moderna España, dirigiendo sus destinos, y cautivando con su elocuencia á las muchedumbres, como Olózaga, Galiano, Aparisi, Nocedal, Martínez de la Rosa, Benavides, Pacheco, Pastor Díaz, González Bravo, Ríos Rosas, Molins y Patricio de la Escosura. Autores dramáticos que deleitaron al pueblo, y recogieron en el teatro cien coronas de inmarcesible hiedra, como el duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Ayala y Bretón de los Herreros. Poetas errantes y peregrinos famosos, que, á semejanza de los antiguos sabios y filósofos de Grecia, llevaron, como Mora, las letras, la cultura y el pensamiento de España á las más remotas regiones del otro lado del Atlántico y de los Andes, y dieron leyes y constitución á nuevas repúblicas, hoy engrandecidas y florecientes. Médicos insignes, como Seoane, el cual concurre en Londres á la fundación de la nueva Universidad y á la creación de importante revista, *The Atheneum*, que aún subsiste con gloria. Críticos como Durán, á quien tanto deben nuestro clásico teatro y nuestro incomparable romancero; á quien Wolf proclama rey de los críticos españoles; y en quien el amor y la antigua musa épica popular y su íntimo trato con ella, despiertan la inspiración de los pasados siglos, y dan ser á las candorosas leyendas de la *Infantina* y de *Don Flores*. Pensadores egregios como Núñez

Arenas y Canalejas, que levantaron y reavivaron entre nosotros la casi apagada lámpara filosófica para iluminar con su esplendor los juicios literarios y las obras de arte. Ingenios desenfadados é infatigables polígrafos, que han regocijado ó ilustrado á la juventud, como Oliván, Monlau, Ochoa, Selgas, Segovia y Mesonero Romanos. Y, por último, pues no quiero ni debo olvidarlos, ya que suscito estos recuerdos, el discutidor brioso y profundo político, historiador elocuente de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, á quien debemos además la divulgación por medio de la estampa del más antiguo de nuestros Cancioneros, ilustrado por él con erudición copiosa, la cual pone de realce la cultura de Castilla antes del Renacimiento (1); el laborioso y diligente escritor que nos legó las historias de D. Pedro el Cruel, de las comunidades y del benéfico Carlos III (2), y el modesto y discretísimo encomiador de Alarcón y de Moreto, cuyas vidas narra con tanta amenidad y abundancia de datos, y cuyas obras juzga y aprecia con tan exquisito buen gusto y elevado criterio (3).

Desde que yo pertenezco á la Academia, ha perdido ésta todos los claros individuos que acabo

(1) D. Pedro Pidal, primer Marqués de Pidal.

(2) D. Antonio Ferrer del Río.

(3) D. Luis Fernández-Guerra.

de indicar. Cuando entré en la Academia, aun era reciente la pérdida de aquellos dos grandes líricos, Quintana y Gallego, Tirteos de la guerra de la Independencia; del vate elegantísimo y fecundo maestro D. Alberto Lista; del extraño, entusiasta, fascinador y paradójico poeta en prosa, que se llamó Donoso Cortés; y del más notable metafísico que hemos tenido en el siglo presente: de Balmes, cuya fama salvó el Pirineo, cantando y pregonando por toda Europa sus alabanzas.

La brillantez y la elevación de los nombres que cito subsanan, á mi ver, ampliamente, el error ó la flaqueza de la Academia en elegirme á mí, y acaso á algún otro como yo, si es que le hay, que carezca de suficiente altura.

No tenemos en España, sino por importación francesa, la costumbre de llamar á los académicos enfáticamente, inmortales; pero, si la tuviéramos, justificada estaría por los personajes recordados. Inmortales son todos ellos, y algunos, no con inmortalidad recóndita, que sólo ven los eruditos y bibliófilos, sino clara, paladina y evidentísima á los ojos del vulgo, así entre los propios como entre los extraños.

Por lo demás, me parece que debemos combatir como equivocada, aunque difundidísima, la creencia de que esta Academia ha de ser á modo de Panteón ó Elíseo literario, donde sólo sea lícito

entrar á los eminentes y donde la entrada tenga traza de triunfo ó de gentilica apoteosis.

La Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta á caprichos instables de la multitud ni á decretos de otros poderes. No es su propósito conceder títulos de gloria, ni repartir diplomas de inmortalidad, que no están en su mano, sino que el tiempo autoriza y custodia, después que los doctos los conceden, en virtud de reiteradas sentencias, que el pueblo sanciona y revalida con su asentimiento. El propósito de la Academia es cultivar la lengua y la literatura patrias, y para esto busca á los que considera más aptos, aunque no alcancen extraordinaria celebridad. Cuando, por dicha, la celebridad y la aptitud coinciden en el mismo sujeto, la Academia está de enhorabuena.

La obra más importante, en que se emplea de continuo, es sin duda el Diccionario. En él han trabajado todos los oradores, poetas y prosistas cuyos nombres ya cité, lo cual es una garantía de que no debe de ser muy malo el Diccionario. Si Olózaga, Durán y Quintana ignoraban el valor y significado de las palabras con que pronunciaba el uno sus conmovedoras arengas, con que reproducía maravillosamente el otro la poesía narrativa

de los siglos medios, y con que celebraba el tercero el progreso humano y la libertad y excitaba á la guerra, entusiasmado por el heroico levantamiento del pueblo contra toda tiranía, es cosa de desesperar de que nadie sepa nada, y es cosa de convenir en que hablamos y escribimos por casualidad y por instinto, sin conciencia y sin arte.

Acaso, me digo yo, no se puede conocer á fondo el idioma propio si no se conocen otros idiomas, con los cuales se le compara para aquilatar su mayor pulcritud y pureza, ó en los cuales se investiga el origen y se desentraña la raíz de sus vocablos; pero al punto veo que este requisito está cumplido, cuando recuerdo, por ejemplo, que Galiano escribía y hablaba tan bien en francés como en español, y que tuvo cátedra y explicó en inglés en Londres; que Severo Catalina fué maestro de hebreo; que Hermosilla, Ranz Romanillos y Castillo y Ayensa, se cuentan entre los mejores helenistas de que podemos jactarnos; que D. Manuel Valbuena sabía bastante latín, y ocupó aquí un asiento; y que en lo tocante á lengua arábica, hemos tenido á Conde, y aún tenemos entre nuestros premiados y laureados á Simonet, y entre nuestros correspondientes y colaboradores á D. Leopoldo Eguílaz.

Y si para entender y estimar en lo justo la lengua de Castilla se exigiese saber las otras dos principales lenguas literarias de la península ibérica, la

Academia habría satisfecho igualmente esta exigencia, eligiendo para la lengua portuguesa correspondientes como Oliveira Martins y Latino Coelho, y para la lengua catalana correspondientes como Rubió y Ors, Vidal y Valenciano, Quadrado y Teodoro Llorente.

Harto se entiende que yo no menciono sino á los que están ausentes y á los que ya murieron. Su mención sola autoriza á la Academia, después de haberlos elegido, á usar de benignidad indulgente, eligiendo á alguien que no llegue á la marca, si es que hay marca para esto como para las quintas. Y además, yo entiendo que se dan casos en que la contraposición es útil y grata, porque presta realce y claroscuro al todo. Dígalo sino aquel pasaje del profeta Ezequiel, que acude ahora á mi memoria, donde describe el ejército de Tiro, cuyos guerreros eran punto menos que gigantes, y, sin embargo, también había en él pigmeos para complemento y colmo de hermosura.

No es menester en el día de hoy, en justificación de la Academia, apelar á lo expuesto y echar mano del elogio que hizo Ezequiel de los pigmeos de Tiro. Si éstos eran hábiles en el manejo del arco y de las flechas, con las cuales herían á los asirios que asediaban la ciudad y pugnaban por destruirla, no es menos certero y hábil el nuevo académico, y ha mostrado también su talento de escritor y

su notable conocimiento de la lengua y de la literatura española, defendiendo nuestro Diccionario de muy rudos ataques.

El libro que, coleccionando los artículos escritos con este propósito, ha formado el Sr. Commelerán, es muy instructivo y ameno, y él solo bastaría para hacerle merecedor de colaborar, en adelante, en la obra que tan bien defiende y de sentarse entre nosotros; pero el libro en defensa del Diccionario dista mucho de ser su único ó principal merecimiento.

Por otra parte, aunque el Sr. Commelerán, sea acreedor por su intento á nuestra gratitud, su citada obra vale y sirve para ilustración general más que para apología de la Academia.

Si el Diccionario es malo, será por lo difícil que es hacerle bueno, ó será porque la casta ó raza española, salvo algún singularísimo individuo, es torpe para esta clase de trabajos.

Es verdad que la Academia ha hecho el Diccionario, y puede suponerse que, al hacerle, hizo una abominación; pero esto equivaldría á decir que los autores de ella fueron todos los ya mencionados personajes, y bastantes otros que antes de que viese á descubrirse su incapacidad, eran célebres por su conocimiento de nuestro idioma, como Luzán, Vargas Ponce, Arriaza, García de la Huerta, Burgos y Gil y Zárate.

Es de notar asimismo, que desde hace algunos años, gracias al desarrollo del comercio y de la industria, á la facilidad de comunicaciones, á los descubrimientos científicos y á su frecuente aplicación á oficios y menesteres de la vida de todos, y gracias á la difusión del saber y á la ascensión del pueblo á regiones y esferas, donde quizá antes no ascendía, el lenguaje vulgar se ha enriquecido en extremo.

En él ha habido, en muchos países, y sobre todo en los más adelantados, una tumultuosa irrupción de voces técnicas ó científicas. Indispensable ha sido, por consiguiente, como se ha hecho en Inglaterra, Francia y Alemania, incluir en nuestro Diccionario multitud de voces, que antes sólo en las Enciclopedias se consignaban y definían. Y ha sido indispensable también definir con mayor exactitud y precisión no pocas de las voces ya incluídas, ajustándose á nomenclaturas y clasificaciones que la ciencia ha inventado (1). Y todo ello procurando evitar lo demasiado técnico ó científico, á fin de

(1) Es de advertir que tales nomenclaturas y clasificaciones sirven para lo material, que está ya clasificado por la ciencia; pero no sucede lo mismo con las facultades y operaciones del alma, y con los conceptos metafísicos, que son harto difíciles de definir. En los vocablos de esta clase suelen los más hábiles autores de Diccionarios, v. gr., Littré y Webster, eludir la dificultad no definiendo y apelando á la sinonimia. Este es defecto grave, porque los sinónimos son rara vez perfectos ó equivalentes, sien-

que el Diccionario no traspase los límites, harto confusos, de lo que debe ser un Diccionario del lenguaje vulgar, y se convierta en enciclopédico, en resumen.

En esto, que es lo más nuevo y arduo, y lo que más caracteriza la última edición del Diccionario, si la empresa ha salido mal, esta Academia no resulta sola culpada del delito, sino también otras corporaciones que se tenían por sabias, y no pocos sujetos, acreditadísimos en nuestro país por su pericia en diversas facultades, astrónomos, matemáticos, naturalistas, doctores en derecho, marinos,

do por otro lado, más útiles que convincentes las distinciones que hacen á menudo entre vocablos sinónimos los más discretos autores que sobre esto han escrito.

Pongamos por caso ver ó saber lo futuro y revelarlo á otras personas. Entre el verbo que implica la acción de comunicar lo que se sabe y el verbo que no la implica, es clara la diferencia; pero no es llano deslindarla entre multitud de verbos, cuando se pueden tomar en casi la misma acepción. Así, por ejemplo, en inglés, *predict, prognosticate, prophesy, vaticinate, soothsay, forebode, foretell, presage, augur, augurate, announce, advise, ominate, forecast, foresee, forewarn y divine*.

En la lengua inglesa, con escasísima dosis de gramática y con una pronunciación muy propia y característica, que lo *angliciza* todo, hay gran libertad para adoptar palabras de otros idiomas. Se diría que, para formar la lengua inglesa, sobre un montón de palabras germánicas y célticas se ha volcado todo el Diccionario latino. De aquí que el lexicógrafo no atine acaso á distinguir bien unas palabras de otras; cuándo se debe usar la latina y cuándo la germánica; qué diverso matiz de la idea capital quiere el uso ó la etimología que exprese cada una, ó si son del todo equivalentes,

filósofos y militares, los cuales fueron consultados y respondieron á la consulta con grande abundancia de papeletas.

Si todas estas papeletas son tontas ó disparatadas, resignémonos y digamos: Sea todo por Dios. ¿Qué otro recurso nos queda, y más si observamos que nuestro delito acusa todavía mayor número de cómplices?

El gran pueblo español no tiene semejanza, por su noble destino, sino con el griego y el romano en las edades gentílicas, y en la edad moderna, sólo con el inglés, hasta hoy. Designio providencial hubo de confiarle la misión de difundir por toda la tierra la cultura de Europa, descubrien-

ya siempre, ya en ocasiones, y el emplearlas queda al arbitrio del consumidor ó sólo depende del buen gusto y de la eufonía. Así los verbos *wish, desire; hope, expect; trust, confide; show, exhibit; strengthen, fortify; mean, signify. guess, conjecture; wonder, admire; worship, adore; threat, menace*; y así los nombres *liveliness, vivacity; loveliness, anability; hotness, sanctity; depth, profundity*.

No es menor dificultad que esta de la abundancia ó sea la de que haya varias palabras para una idea, la de que á veces una misma palabra signifique las dos cosas ó calidades más opuestas. Sirva de ejemplo, en castellano, el adjetivo *civil*. Dice el Diccionario que *civil*, es *sociable, urbano y atento* y además *ruin, mezquino, vil y grosero*. Parece disparate, y con todo, el Diccionario tiene razón. Solo no la tiene en poner á *civil*, en la segunda acepción, la nota de anticuado. No es anticuado lo que está en Calderón, Tirso y demás dramáticos del siglo XVII, y aun en documentos oficiales del siglo XVIII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

do y ocupando islas y continentes antes ignorados, adonde llevar su sangre, su espíritu y su palabra.

En las Repúblicas independientes que del tronco español han brotado en América, hay algo que las enlaza entre sí y con la metrópoli, que nadie debe ni quiere romper, y por cuya virtud persiste indeleble el testimonio de nuestra fraternidad é idéntica estirpe. Este vínculo ó lazo es el habla, ó por el habla se manifiesta.

La corriente de la emigración llevará á aquellas Repúblicas numerosos enjambres de trabajadores activos de otras lenguas y castas, á fin de que coadyuven á convertir la ingente soledad de la pampa en apiñado conjunto de alquerías, viñedos y ricos sembrados; á recamar la extensión uniforme de los yermos con variados jardines y plantíos fructíferos; á edificar y poblar industriosas ciudades, y á coronar y herosear las márgenes del Amazonas, del Paraná, del Orinoco y del Magdalena, con quintas, alcázares y monumentos más gloriosos que los que el Rhin, el Elba, el Mosa y el Danubio reflejan en sus ondas. Pero es de esperar que la savia poderosa transmitida por los primitivos colonos á sus descendientes, conserve toda la energía plástica que se necesita para que las masas que entren en fusión caigan en el molde del españolismo y se adapten de suerte á él, que las Repúblicas no se

desnaturalicen y sigan siendo como son, sin perder el ser que tienen.

A impulso de tan alto interés de casta ó de raza y por el amor á la común procedencia, se han cultivado, en estos últimos tiempos, por toda la América española, el arte y la ciencia de nuestro lenguaje. Frutos sazonados de este cultivo han sido las obras gramaticales y léxicas, dignas las más de grandísimo encomio, de D. Andrés Bello, Irisarri, Amunátegui, Baralt, Juan de Arona, Rivodoó, Zorobabel Rodríguez, Daniel Granada y, por último, Rufino José Cuervo, uno de los más sabios filólogos que han tratado de nuestro idioma, y cuyas obras son un verdadero prodigio de crítica y de atinada diligencia. Y no se ha hecho esto aisladamente, sino que los doctos del otro lado del Atlántico han querido confederarse y aunar sus esfuerzos para el cultivo y la conservación del idioma común y para la mayor prosperidad de las letras ampliamente españolas, y se han formado Academias correspondientes de esta Academia, en Colombia, en el Perú, en México, en Chile, en el Ecuador, en Venezuela y en otras Repúblicas, siendo de esperar que pronto las haya en todas. Muchos de los individuos de estas Academias, colaboradores nuestros, tienen, á pesar de la distancia que de ellos nos separa, envidiable fama entre nosotros. Así, por ejemplo, Miguel Antonio Caro,

Rafael Pombo, Icazbalceta, Roa Bárcena, Juan León Mera, Ricardo Palma, Batres y otros más, pues sólo nombro á los que acuden pronto y atropelladamente á mi memoria.

Yo confieso, no obstante, que á pesar, ó más bien á causa de esta colaboración difusa de tantas personas en nuestro Diccionario, éste no puede menos de resentirse de faltas en el plan y en la armonía del conjunto. Acaso un autor único, ora por sí solo, si tuviese brío y perseverancia para tanta empresa, ora con el auxilio de otros hombres capaces, obedientes á su mandado y sujetos en todo á su dirección, lograría hacer un Diccionario menos imperfecto que el de la Academia. Littré pudo jactarse en Francia de esta victoria. Entre nosotros, si Cuervo terminase su trabajo, y si éste abarcase más y no se limitase casi á los verbos con relación al régimen, Cuervo podría gloriarse de lo mismo: pero aun así, ningún Diccionario de un singular autor, por bueno que fuese, alcanzaría la autoridad que tiene el de la Academia, justamente por eso que le daña: porque es la obra colectiva de gran número de escritores en prosa, oradores, poetas y filólogos que, durante cerca de dos siglos, y en ambos hemisferios, han cultivado el habla de Ceryantes.

La defensa, pues, del Diccionario, hecha por el Sr. Commelerán, no era indispensable, aunque ha

sido agradecida (1). Y en lo tocante á su utilidad, yo la hallo en aquello en que está la de la impugnación y de la censura, por descompuestas é insultantes que sean. Tales asuntos vienen á interesar, merced á las ruidosas polémicas periodísticas, á un círculo extensísimo de gentes, que tal vez ignoraban antes que hubiese filólogos y lexicógrafos, y que sólo tenían idea vaga é incompleta de lo que un Diccionario pudiera ser. Y no es esto injuriar á nadie. Un periódico de gran circulación, que vende 70.000 ejemplares, llegará á tener 300.000 lectores, si se calcula, y no es demasiado, que cada ejemplar es leído por cuatro ó cinco personas.

Concedamos que de las 300.000, hay 100.000 que saben, cuál más cuál menos, de lingüística, gramática y lexicología. Siempre habrá que conceder, en el estado actual de nuestra general ilustración, que para las otras 200.000, todo ó casi todo aquello es inaudito. Una serie de artículos sobre el Diccionario debe de abrirles extraños horizontes y debe de propinarles pasto espiritual, sobrado suculento y difícil de digerir, si no va condimentado con mucha sal y pimienta y hasta con guindillas.

(1) Además del Sr. Commelerán, han escrito, defendiendo el Diccionario de la Academia, D. Manuel Silvela, con el pseudónimo de Juan Fernández, en *El Imparcial*; D. Agustín de la Paz Bueso, firmándose *El Anti-crítico*, seis artículos en *El Globo*, y D. Rafael Álvarez Sereix, en *El Día*.

De aquí, en el caso presente, que, si bien disgusta el ser injuriado, haya de estimarse la injuria como artificio ingenioso para que la multitud se entere sin aburrimiento de que hay Diccionarios y de que pudiera haberlos mejores. Los Diccionarios, aunque sean malos, han ganado mucho con esta vulgarización de las cuestiones filológicas. Tal vez, gracias á ellas, el Diccionario de la Academia se vende ahora más que nunca. En estos últimos cinco años se han vendido cerca de 15.000 ejemplares.

Pero dejo de hablar de nuestro Diccionario y de la defensa que hizo de él el nuevo académico. Este era ya conocido y estimado de nosotros por otras obras. Entre ellas figura un atinado y entusiasta estudio biográfico-crítico sobre D. Pedro Calderón, y algunos libros para enseñanza de la juventud, muy recomendables todos por el excelente método y por la concisa claridad didáctica.

Censuran algunos que el Sr. Commelerán, en la *Crestomatía latina* que ha dispuesto y anotado, inserte mucho de los autores cristianos, y dé menos cabida que otros á los clásicos gentiles. Yo, no obstante, me inclino á creer que el Sr. Commelerán no va tan descaminado. Sin pensar en refutar aquí sus asertos, diré que no me conformo con que los poetas latinos cristianos sean iguales, ya que no superiores en la forma, á los poetas genti-

les, y que por el fondo valgan mucho más; pero me parece que para conocer bien una lengua, no basta leer los autores de la edad ó siglo llamado de oro, desdeñando lo demás con notoria injusticia. Conviene seguir la marcha de los cambios y transformaciones hasta en la decadencia, y más cuando en esta decadencia brillan aún tan admirables autores como los poetas Juvenco y Aurelio Prudencio Clemente, ambos gloria de España, su patria. Por otra parte, y sin recrudescer aquí la disputa á que *El gusano roedor* del abate Gaume dió tanto pábulo, yo confieso que Horacio, Catulo, Suetonio y hasta el dulce y pulcro Virgilio en algún momento de extravío, no siempre están de acuerdo con la moralidad y con la decencia, que Lucrecio no es un dechado de fe religiosa, y que no es razonable pasar por cuanto dicen, y hasta aplaudirlo, *propter elegantiam sermonis*, sobretudo en libros destinados á la educación de niños ó de jovencitos incautos. Tiempo queda para leer tales obras en la edad granada, cuando no hay recelo de pervertirse, ó porque nos hemos afirmado en la virtud, ó porque ya nos hemos pervertido, ó porque hemos leído producciones de esto que se titula *naturalismo*, en cuya comparación los más desvengonzados desafueros de Lucio de Patras y de Petronio son conceptos pudorosos y angelicales.

Voy á hablar, por último, de otros escritos del

Sr. Commelerán que tienen, hasta donde yo soy apto para juzgarlo, muy notable mérito, y le hacen digno de toda la fama que, dada la índole de dichos escritos, es posible adquirir. Porque, á la verdad, no ya en España, sino en cualquiera otra nación donde se lea más y se estudien mejor las humanidades y las lenguas sabias, sería pretensión absurda, v. gr., en Francia, que Emilio Egger, Alfredo Maury, Eugenio Burnouf y Adolfo Regnier, fuesen tan populares y generalmente conocidos, como Alejandro Dumas, Octavio Feuillet, Alfonso Daudet y Emilio Zola.

En España, hace algunos años, eran pasmosos nuestro desdén y nuestra ignorancia de todo lo que no era política militante y amena literatura. Recuerdo que en 1857, hallándome yo en Moscou, tuve allí un amigo, poeta y erudito ruso, llamado Sergio Sobolefski. Me preguntó por D. Manuel Milá y Fontanals, á quien quería y estimaba sobremanera, y tuve que contestar que jamás había oído yo ni su nombre. Sobolefski me dió á leer los libros del ilustre profesor de la Universidad de Barcelona, y me puso en correspondencia con él. Cuando volví á Madrid y hablé del que había conocido en tan distante región oriental de Europa, ví que eran rarísimos los sujetos, aun en los círculos literarios, que aquí entonces le conocían. Ya ha cundido la afición al estudio. Ahora no se ignora tanto; pero

todavía se suele cohonestar la negligencia ó la flojera con el desprecio.

Dos obras importantísimas está escribiendo el Sr. Commelerán, y las tiene ya publicadas en parte. Es la primera una *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*. Ha salido á luz la *Analogía*.

Mis escasos conocimientos y el corto espacio de que debo disponer, si no he de cansaros, me impiden hacer aquí detenido examen de esta *Gramática* para afirmar lo que hay en ella de nuevo y para deslindar lo que es original y propio del autor de lo que está tomado de otros autores, ó sin arreglo ni adaptación, ó adaptándolo á nuestro idioma, lo cual, lo último, valdría ya mucho é implicaría bastante ciencia y trabajo.

Es evidente que sin los escritos de ambos Schlegel, de Jacobo Grimm, de Federico Diez, de muchos otros, y sobre todo de Francisco Bopp, la *Gramática* del Sr. Commelerán no sería, ó sería un portento; pero, aun suponiendo que en dicha *Gramática* sólo se transmitiesen ó sólo se aplicasen al idioma castellano los adelantos científicos hechos por otros autores, merecería á mi ver grande alabanza el Sr. Commelerán, que los sabe, que los expone y que los aplica con claridad, orden y método. Ambas lenguas, latina y castellana, están allí hábilmente estudiadas y comprendidas, y el lector

piensa que asiste á la formación de la primera y á su transformación en la segunda, y que ve nacer de las raíces las palabras, y trocarse éstas en otras por virtud de ineludibles leyes fonéticas, ó bien, tomar, aun dentro de cada lengua, varias formas cada palabra para expresar accidentes ó ideas secundarias, conservando siempre la idea fundamental en la raíz, la cual persiste á pesar de flexiones, reduplicaciones, sufijos simples y compuestos, que en edades remotas tuvieron aisladamente un significado, y prefijos que, ya son partículas inseparables, ya preposiciones, con significado propio, en la lengua madre cuando no en la derivada.

La otra obra del Sr. Commelerán es mucho más importante; es un Diccionario latino-español etimológico, incomparablemente mejor y más rico que el de D. Raimundo de Miguel y el marqués de Morante.

Van ya impresas y entregadas al público cerca de ochocientas páginas de compacta impresión, gran tamaño y letra menuda, por las cuales bien puede estimar hasta el menos versado en la materia que el trabajo es de mucho valer, aunque para facilitarle hayan contribuído, como es natural, los de Forcellini, Freund y De Vit, á quien nuestro autor confiesa lo que debe. No busca y halla un hombre solo adecuadas y diversas autoridades para cada vocablo y para cada acepción, en más de

quinientos escritores, desde Enio á Justiniano, ni descubre y extrae la raíz de cada palabra, ya del griego, ya del hebreo, ya del sanscrito, ya de las lenguas célticas, ya de otras. Se aprovecha, y debe aprovecharse, de las investigaciones y estudios de anteriores lexicógrafos, y no por eso desmerece, si lo hace con discernimiento y propia doctrina.

Como quiera que sea, no puede negarse que el Diccionario del Sr. Commelerán será hermoso y útil monumento, levantado á los estudios clásicos en la patria de Vives, de Nebrija, de Ginés Sepúlveda y de Mariana. Asimismo, si se atiende al abandono en que tales estudios están hoy entre nosotros, y al corto premio, en reputación ó en dinero, que por ellos se alcanza, y si no se paran mientes en el invencible amor que lleva á la ciencia y en el subido deleite que la ciencia infunde en el alma, ¿quién no se inclina á poner más alto que el momentáneo acto heroico de los Decios, cuando se votaron á los dioses infernales, la asidua devoción y la heroicidad vitalicia de quien se vota á la ímproba é ingrata tarea de levantar el monumento susodicho?

La breve noticia que he dado de las obras del nuevo académico, demuestra su valer y su completa idoneidad para los fines de nuestro instituto; pero, aunque dichas obras no existieran, bastaría

el discurso de hoy para acreditar al Sr. Commelerán de notable filólogo.

Así como en la *Gramática comparada* nos explica de qué suerte, en el latín y en el castellano, no penetrando en la raíz é ingertándose en ella, como en los idiomas semíticos, sino anteponiéndose y posponiéndose á la raíz, que permanece casi invariable, hay partículas que determinan los casos, los modos, los tiempos, los números y los géneros, de nombres y verbos, en su discurso de hoy nos hace patente el procedimiento evolutivo por donde las palabras latinas han venido á convertirse en castellanas, no caprichosamente, sino con sujeción á reglas de eufonía, que prescritas por la naturaleza y peculiares á cada pueblo, han hecho nacer del latín el provenzal, el francés, el italiano, el rumano, el catalán, el portugués, el habla de Castilla y otros varios idiomas, los cuales se denominan neo-latinos (1). Del mismo modo el latín, el griego, el

(1) Es de suponer que en España y en otros países donde se hablan hoy idiomas neo-latinos, las lenguas primitivas fueran más semejantes al latín que á ninguna otra lengua, al menos en aquella parte de la población más numerosa y civilizable. No de otra suerte se explica que en poco tiempo España se latinizara, y que más tarde, ni los pueblos de origen teutónico, ni los árabes, ni los africanos, que la invadieron y la dominaron más largo tiempo, pudiesen naturalizar entre nosotros sus lenguas respectivas. El habla de los españoles persistió casi toda latina en lexicología, morfología y sintaxis, salvo corta cantidad de vocablos que van quedando antienados ó caen en desuso, como si la lengua quisiese expeler los de su organismo por extraños á él.

sanscrito y los antiguos idiomas célticos, eslavos, teutónicos é iraníes, nacieron del habla primogénita de un pueblo apellidado *ario*, noble, cuando, en edades prehistóricas, desde el centro del Asia, donde habitaba, se difundió en sucesivas emigraciones, enseñoreándose de la tierra, por el Sur hasta Ceylán, y por el Norte y el Occidente hasta Noruega é Islandia.

Si la fertilidad de las raíces dentro de un mismo idioma se comprende en la *Gramática comparada*, al ver que una sola raíz verbal basta á producir, como en griego, cerca de trescientas formas, en la conjugación, por el discurso del señor Commelerán, se explica de qué manera, gracias á los cambios fonéticos, nacen en la familia ariana, de un lenguaje primitivo, cuyas raíces acaso puedan reducirse á seiscientas, centenares de lenguas y de dialectos, en algunos de los cuales se expresan con facilidad y variedad los más sutiles pensamientos, los más distintos matices de las ideas y cuanto comprende la inteligencia humana, para lo cual los diccionarios vulgares llegan á contener más de sesenta mil palabras, sin incluir no pocas de fácil formación y las variaciones que tienen las que se declinan ó conjugan.

En fin, y para no fatigar por más tiempo vuestra atención benévola, voy á concluir declarando que, después de la muestra brillante que ha dado el se-

ñor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarnos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy á propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos é ideas á un pueblo compuesto de varias naciones hermanas de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California á la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del Sr. Commelerán habrá de prestarse al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté á nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología comparativa ó lingüística, tan desatendido hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.



EL PERIODISMO EN LA LITERATURA (1)

Con verdadera satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo D. Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fué elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan á explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr, sin el apoyo y sin la protección de los Gobiernos ó de los jefes de los partidos que se suceden en el poder, el favor decidido y constante de un público nu-

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Isidoro Fernández Flórez en la Real Academia Española, el día 13 de Noviembre de 1898.